

albedrio, en el supuesto de haber criaturas intelectuales; es decir, que prescinde de dos grandes hechos: la ley moral y la libertad; se olvida de otros dos hechos que son como los polos del mundo intelectual: el mérito y el demérito.

FIN DE LA METAFISICA.

ÉTICA.

PROLOGO.

Etica llamo á la ciencia que tiene por objeto la naturaleza y el origen de la moralidad. Cual sea el verdadero sentido de la palabra moralidad, no se puede explicar aqui; pues que á ello se dedica una parte considerable de este volúmen. Algunos han dado á la *ética* el titulo de *arte de vivir bien*: lo cual no parece exacto, pues que si se reuniesen todas las reglas de buena conducta, sin acompañarlas de exámen, formarían un *arte*, mas no una *ciencia*.

Fácil me hubiera sido escribir un grueso volúmen de *ética* ó filosofía moral: es materia en que las riquezas abundan, y se las puede tomar de otros, sin que se conozca el plagio; pero he preferido reducir el tratado á pocas páginas, ya porque lo requiere el género de la obra, ya tambien porque las ideas, para germinar, conviene que no estén desleídas. Lo que importa es asentar los principios, é indicar con claridad y precision el modo de aplicarlos: ciertos pormenores corresponden á una obra de moral, pero no á una filosofía moral. La palabra filosofía, expresa aqui, exámen y análisis de los fundamentos de la moral y de sus conclusiones capitales: si se quisiese descender á las últimas consecuencias, seria preciso contar con mas tiempo del que suele emplearse en esta enseñanza.

Se notará que no trató separadamente ni del sentido ni del sentimiento moral: solo hablo de ellos, cuando la materia respectiva va ofreciendo la ocasion. Si por sentido moral se entiende la percepcion instintiva de

ciertas relaciones morales, queda incluido en el sentido común, del cual forma un ramo; si se le quiere tomar en otra acepción, no la comprendo. El sentimiento moral es lo que indica su nombre; el sentimiento en sus relaciones morales. Como mero sentimiento, es una inclinación que nada significa en el orden moral, hasta que se subordina á la libertad, y se encamina á un objeto, con sujeción á las condiciones morales: en cuyo supuesto el criterio de su moralidad se halla en algunos de los capítulos que tratan de los deberes y derechos. Todo sentimiento se refiere al sujeto ó al objeto: así están señaladas sus reglas, cuando se han fijado las de la moral en todas sus relaciones.

En el orden de materias no he seguido el método común: no es necesario exponer aquí los motivos, ni lo consiente tampoco la brevedad que me he propuesto. No obstante, para juzgar de si he acertado ó no, hay un medio sencillo: leer el tomo con la mira de buscar allí un cuerpo de ciencia, resultado de un exámen riguroso. Si el libro llena este objeto, el método es bueno; sino, errado.

He procurado presentar las cuestiones bajo el aspecto reclamado por las necesidades de la época: si en algo conviene atender á esta circunstancia, es indudablemente en la moral. Fuera de las academias, pocos hablan de ideología y psicología; pero las cuestiones sobre la sociedad, el poder público, la propiedad, el suicidio, se agitan en todas partes. Es preciso tener sobre ellas ideas fijas, para preservarse de extravío, y es indispensable saber tratarlas con el método y estilo de la época, so pena de dañar á la verdad desluciéndola.



CAPÍTULO I.

EXISTENCIA DE LAS IDEAS MORALES Y SU CARÁCTER PRÁCTICO.

1. Hay en todos los hombres ideas morales. Bueno, malo, virtud, vicio, licito, ilícito, derecho, deber, obligación, culpa, responsabilidad, mérito, demérito, son palabras que emplea el ignorante como el sabio en todos tiempos y países: este es un lenguaje perfectamente entendido por todo el linaje humano, sean cuales fueren las diferencias en cuanto á la aplicación del significado á casos especiales.

2. Las cuestiones de los filósofos sobre la naturaleza de las ideas morales, confirman la existencia de las mismas; no se buscaría lo que son, si no se supiese que son. No cabe señalar un hecho mas general que este; no cabe designar un orden de ideas de que nos sea mas imposible despojarnos: el hombre encuentra en sí propio tanta resistencia á prescindir de la existencia del orden moral, como de la del mundo que percibe con los sentidos.

Imaginaos el áteo mas corrompido, el que con mayor impudencia se mofa de lo mas santo; que profese el principio de que la moral es una quimera, y de que solo hay que mirar á la utilidad en todo, buscando el placer y huyendo el dolor; ese monstruo, tal como es, no llega todavía á ser tan perverso como él quisiera, pues no consigue el despojarse de las ideas morales. Hágase la prueba: dígasele que un amigo á quien ha dispensado muchos favores, acaba de hacerle traición. « ¡Qué ingratitud! exclamará, ¡qué iniquidad! » Y no advierte que la ingratitud y la iniquidad son cosas de orden puramente moral que él se empeñará en negar. Figurémonos que el amigo traidor se presenta y dice al ofendido: « Es cierto, yo he hecho lo que V. llama una traición; V. me dispensaba favores; pero como de la traición me resultaba una utilidad mayor que de los beneficios de V., he creído que era una puerilidad el reparar en la justicia y en el agradecimiento. » ¿Podrá el filósofo dejar de irritarse á la vista de tamaña impudencia? ¿No es probable que